

De las *Memorias intelectuales*

Jaime Jaramillo Uribe

Los primeros años en Otún*

Mis padres, Teodoro Jaramillo Arango y Genoveva Uribe Ochoa, hicieron parte de las últimas oleadas de la emigración antioqueña hacia el occidente colombiano, es decir hacia los actuales departamentos de Caldas, Quindío y Risaralda. Mi padre era nieto del gran patriarca y hombre de negocios Lorenzo Jaramillo Londoño, natural de Sonsón, quien fue un acaudalado hombre de negocios, comerciante e incluso banquero. Llegó a tener una de las más grandes fortunas de Antioquia a finales del siglo XIX y aún a comienzos del XX, por lo menos hasta la época del gobierno del general Rafael Reyes. Don Lorenzo financió a muchos de los pioneros de la colonización antioqueña, por ejemplo a don Valeriano y don Juan María Marulanda, precursores de la formación de haciendas en los territorios que van de la ciudad de Pereira al actual Quindío y parte del Valle del Cauca. Sus mil quinientas mulas eran el vehículo en que se hacía el comercio entre Buenaventura y Sonsón.



Foto Hendrick Smildiger, tomada de *Memorias intelectuales* de Jaime Jaramillo Uribe.

Al morir el patriarca de tal familia, su fortuna, ya relativamente disminuida, se distribuyó entre sus nueve hijos, entre ellos mi abuelo paterno José Manuel Jaramillo Arango, que careció, como todos sus hermanos, de temperamento y capacidad comercial. Según la tradición de la familia, don José Manuel era de una generosidad y un espíritu filantrópico que rayaba en lo inverosímil. Se decía de él que, al finalizar el mercado semanal del pueblo, compraba a los campesinos las existencias no vendidas en el curso del día. En esta y otras formas de filantropía desapareció su limitado patrimonio. Llegó a estar tan menguado, que ninguno de sus diez hijos, la mitad de ellos varones, pudo realizar estudios hasta adquirir el título profesional. La única excepción fue la de su hermano Joaquín Emilio, que se hizo abogado y un poco

escritor, puesto que redactó una biografía de Pedro Justo Berrío. Los demás miembros de la familia, entre ellos mi padre, apenas lograron tener una modesta enseñanza primaria. Uno de ellos, mi tío Merejo Jaramillo, fue un discreto poeta que no alcanzó a figurar en las antologías, ni siquiera en las de su provincia. Algún otro, David, se hizo maestro de escuela. Clímaco salió de Abejorral y nunca, según refería mi padre, se volvió a saber de él. Manuel José, el menor, logró hacer una mediana carrera periodística como colaborador de *El Colombiano* de Medellín. Como funcionario de la Dirección de Aduanas en Bogotá, en sus ratos de ocio escribió una olvidada novela, *La aduana*.

Mi madre era hija de Francisco Uribe Gaviria, nacido en Medellín, y Zoila Rosa Ochoa, natural de Valparaíso, Antioquia. Mi abuelo materno, Francisco Uribe Gaviria, era hermano de Antonio José Uribe Gaviria, quien hizo una brillante carrera política a fines del siglo XIX y comienzos del XX como ministro de Instrucción Pública designado a la Presidencia de la República en el período de la Regeneración.

Como era usual en las familias antioqueñas todavía a comienzo del siglo XX, tanto la familia Jaramillo de Sonsón como la Uribe Ochoa de mi abuela materna fueron numerosas y fecundas. Los hermanos de mi madre fueron trece y los de mi padre nueve, sin contar a los que debieron morir en la infancia.

[...]

La Escuela Normal Superior 1938-1941

En 1937 terminaron mis estudios en la Escuela Normal “chiquita” y obtuve el título de maestro de escuela primaria. Como mi proyecto era ingresar a la universidad para seguir una carrera profesional, presenté exámenes de las materias del bachillerato no incluidas en el pensum normalista, en el Colegio Camilo Torres. Obtenido el título de bachiller, se me presentaba el problema de elegir la carrera a seguir. A este respecto vacilaba entre el derecho y la medicina. La ingeniería no entraba en mis proyectos. Prácticamente no existían opciones para otras carreras. La Universidad Nacional

apenas comenzaba su reorganización en el sentido de incorporar nuevos programas como los de arquitectura, química, veterinaria y agronomía.

En medio de estas incertidumbres se presentó en nuestra Normal de Institutores de la calle 15 el doctor José Francisco Socarrás que, hacía dos años, actuaba como director de la Escuela Normal Superior. Nos dictó una conferencia sobre orientación profesional y nos invitó a ingresar a la Escuela para prepararnos como profesores de la enseñanza media y universitaria. Quería persuadirnos de que la carrera del porvenir era la del profesorado. Argumentaba que el país carecía de funcionarios preparados para ejercer los altos cargos de la administración educativa —inspectores y directores de colegios— y de la docencia en las ciencias modernas. Nos informaba, además, que la escuela ofrecería becas y otros estímulos a sus estudiantes. Convencidos por sus argumentos, un buen número de alumnos decidimos aceptar la invitación, y un semestre más tarde ingresamos a la Escuela Normal Superior.

La Escuela funcionaba entonces en dos vetustos edificios situados en la carrera 17 con la calle 13 —en ese entonces avenida Colón—, muy cerca a la estación de ferrocarril de la Sabana. Ambas instalaciones habían sido ocupadas en los años anteriores por el Instituto Técnico Central, un establecimiento que formaba técnicos medios para la industria. La Escuela, heredera de una Facultad de Educación creada en Tunja a finales de los años veinte o comienzos de los treinta, y luego trasladada a la Universidad Nacional, se fundó a mediados de la primera administración de Alfonso López Pumarejo. Parece que sus promotores tenían en mente el ejemplo de la Escuela Normal Superior de París, institución de donde había salido la élite científica y cultural francesa. La nuestra tenía como propósito formar líderes en cuatro campos: ciencias naturales (biología, botánica y zoología), matemáticas y física, filología y lenguas, y ciencias sociales (sociología, historia, economía, y etnología).

[...]

Embajador de Colombia en Alemania 1977-1978

Una mañana de enero de 1977, estando en mi oficina de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes, recibí una llamada del canciller Indalecio Liévano Aguirre, quien me manifestó que quería hablar conmigo. Al efecto, a eso de las diez de la mañana bajé a las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores, situadas entonces en un edificio de la carrera 5ª con la calle 20. “Viejo —me dijo el canciller Liévano—, te llamo para comunicarte que el presidente López Michelsen quiere que te vayas de embajador en la República Federal de Alemania”. Sorprendido con tan honroso ofrecimiento le respondí que en principio lo aceptaba, pero que necesitaba consultarlo con mi familia antes de tomar una decisión definitiva. Al día siguiente lo llamé por teléfono para comunicarle que aceptaba el nombramiento y en los días posteriores me dediqué a preparar el viaje. Llenados los trámites de rutina en el Ministerio de Relaciones Exteriores, quince días después emprendí el viaje hacia Bonn, la capital de la República Federal de Alemania, en compañía de Yolanda, mi esposa, y de mis hijos Rosario y Lorenzo.

Llegados al aeropuerto de Frankfurt, donde nos esperaban el cónsul de Colombia en esa ciudad y un funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores alemán, al bajar del avión tenía yo los pies tan hinchados que me fue imposible calzarme. Tuve, pues, que descender del avión descalzo, con los zapatos en la mano. Tras un día de descanso en Frankfurt, nos dirigimos a Bonn, donde fuimos recibidos por el secretario de la Embajada, Hernando Dueñas, y los demás funcionarios de ella. Acto seguido nos dirigimos a la residencia del embajador, situada en Johanniter Strasse. La casa no tenía nada de espectacular, pero era una residencia cómoda y decorosa. En el primer piso tenía una amplia sala y un cuarto para oficina del embajador y en el segundo, varias alcobas. Tenía, además, un sótano que podía ser acondicionado para la recepción eventual de dos o tres huéspedes. Aunque era una residencia cómoda y apropiada para sus funciones, en ese momento no presentaba un buen aspecto: las alfombras estaban desgastadas y algún embajador anterior al doctor Carlos Restrepo Piedrahíta, que me había antecedido en funciones, había hecho construir en la sala una especie de

bar en cerámica, de un evidente mal gusto, que hubo que eliminar no sólo por razones estéticas sino también para ganar espacio. Para mejorar su aspecto se puso alfombra nueva y en sus muros se colgaron cuatro cuadros de pintores colombianos que yo había llevado de Bogotá: un Obregón, un Julio Castillo, un Roda y un Leopoldo Richter [...]



Caricatura de Jaime Jaramillo Uribe por Ras, Caracas, tomada de *Memorias intelectuales* de Jaime Jaramillo Uribe.

Notas

*El autor designa como Otún al paisaje mítico de la infancia. Se trata, en realidad, de la ciudad de Pereira, la capital risaraldense, donde pasó su niñez y primera juventud (Nota del editor de la publicación).

Fragmentos extractados, con autorización del autor, Jaime Jaramillo Uribe, de *Memorias intelectuales* (Bogotá, Taurus-Universidad de los Andes, 2007, pp. 13-14, 37-38 y 233-234).